

**El Amo del Agua**



## **«... contemplaba la playa del río cuando inesperadamente vio que de las aguas salía un hombre alto y flaco vestido de blanco y con un mandador en la mano.»**

Esta historia nace en el seno de una familia de apellido Márquez que vivía en Chabasquén, a la orilla del río Chabasquencito, una región que antes de la dominación española fue tierra de los cambambas. Chabasquén fue fundada en 1620 por el gobernador Francisco de La Hoz Berrío, quien reunió en ella a todos los indígenas dispersos en diferentes encomiendas. El primer cura doctrinero que tuvo este poblado fue el padre Chabas; de este sacerdote se cuenta que un día desapareció sin dejar huellas, pero transcurrido el tiempo se volvió a saber de él. Sucedió cuando unos indios que andaban de cacería por un lugar conocido hoy como La Ermita, atravesaron con una flecha un bulto semejante a ese animal legendario y misterioso que llaman el salvaje, pero al ir a revisar la presa vieron con asombro y mucho dolor que se trataba del padre Chabas. Desde ese momento dicen que Chabasquén fue la región maldita del estado Portuguesa. También se dice que cuando el padre Chabas pasó el río Chabasquencito dejando el pueblo atrás, lo maldijo para siempre. Lo cierto es que después de ese incidente el pueblo estuvo durante mucho tiempo sin cura doctrinero, hasta que el 6 de marzo de 1777 se construyó una capilla fuera del poblado, en el sitio denominado La Playa, a orillas del río Biscucuy, donde nació posteriormente el pueblo de San Antonio de Las Playas de Biscucuy, hoy Biscucuy.

Esta breve referencia sobre Chabasquén y Biscucuy sirve como fundamento a las figuras fantasmales, ruidos extrasensoriales, silbidos, aullidos y llantos lastimeros inexplicables que deambulan por las calles de estos dos pueblos hermanos de la zona alta.

Cuenta el profesor y poeta Ángel Márquez, cronista oficial del municipio Unda y habitante del pueblo de Biscucuy, que cuando él estaba pequeño vivía con su familia en una casa de corredor grande a orillas del río Chabasquencito y que era usual escuchar por las noches el alboroto que formaban los animales que se quedaban en el corredor, como si alguien entrara y los espantara. Una noche, cuando ya estaban acostados, oyeron a una persona que caminaba en el corredor con pisada fuerte, como si cargara botas, y luego se metió en la cocina y movió todas las ollas y latas que allí había; después salió, y al pasar frente a la puerta del cuarto donde estaba durmiendo su mamá, sus hermanos y él, tosió y se aclaró la garganta. En la mañana todo estaba igual. No había rastro de pisadas y la cocina estaba tal como su mamá la había dejado.

Cuenta también que una tarde como a las seis estaba parado en el corredor. Desde allí contemplaba la playa del río cuando inesperadamente vio que de las aguas salía un hombre alto y flaco vestido de blanco y con un mandador en la mano. Él se quedó paralizado, inmóvil, mientras veía que el hombre se aproximaba a la casa. Cuando llegó al corredor le pasó al lado y comenzó a golpear con el mandador a las gallinas y los perros que estaban allí. Y fueron los espeluznantes aullidos de los perros lo que más asustó al profesor, quien cayó desmayado. En ese momento la mamá salió para ver qué pasaba y, según ella le contó, lo encontró tirado en el suelo, blanco como un papel. Volvió en sí después de que le dieron a oler plumas quemadas de gallina, y cuando le contó a su mamá lo que había visto, ella le dijo: Debe ser que tú te metiste con él porque yo lo veo pasar casi todas las tardes y a mí no me hace nada.

Rafael Báez, un trabajador de la granja Villa Ilusión, sector Los Tanques, Araure, contó que en esta misma zona, hacia el cerro donde llaman La Guafita, hay una «guafa» que según dicen está rellena de oro, plata, esmeraldas, rubíes y todo tipo de materiales preciosos. Esa guafa tiene muchísimos años clavada en ese cerro y debajo de ella hay un pozo de agua tan clara que si uno observa con atención ve que el agua destila como un polvillo amarillo. De allí la leyenda de que la guafa está llena de oro. En un recodo, como en una cueva, está un cajón amarrado con cadenas y semienterrado en la montaña que suena por dentro como si fuera un enjambre de abejas o una fuerte tempestad. Un señor de nombre Jonás Calazán vino con un amigo dispuesto a sacar ese tesoro. Traían martillos, tenazas, alicates, alambres, cadenas, mandarrias, seguetas y hasta pólvora. Cuando comenzaron a golpear el cajón se oscureció la tarde como si fuera a llover y empezaron a sentir un frío espantoso. El amigo de Jonás, por terquedad, se negó a regresar, y cuando lo bajaron del cerro ya estaba muerto. Jonás Calazán llegó a su casa casi tullido y morado del frío que pasó en el cerro; duró más de una semana en recuperarse.

Aura Pérez, de Turén, cuenta que en La Florida hace unos cuarenta años también ocurrió un caso digno de mencionar. Su cuñado Alejandro Terán tenía unas tierras en La Aduana donde había sembrado unas matas de tomate que se le estaban perdiendo porque no conseguía obreros para recoger la cosecha y tampoco sus hijos y su mujer querían ayudarlo. Él era un hombre huraño, refunfuñón y, como dicen en el llano, «malasangre». Una mañana se levantó muy temprano, despertó a toda la familia y los obligó con insultos a que fueran a ayudarlo a recoger los tomates. En ese tiempo la manera más rápida de llegar a la parcela era navegando por el Portuguesa. Todos se embarcaron, y cuando iban en la mitad de la corriente el caudal del río aumentó considerablemente y la deteriorada balsa comenzó a hundirse al vaivén de la creciente. Alejandro Terán iba remando con otro señor amigo de la familia. De repente soltó los remos, le quitó a su hija la niña que llevaba en los brazos, su nieta, y sin mediar palabras se lanzó a las turbulentas y oscuras aguas. Tres días duraron buscando los cadáveres. Al tercer día consiguieron el pañal de la niña y después su cuerpecito sin vida, sostenido por una «carama» de palos. El señor Alejandro jamás se encontró, ni vivo ni muerto. Trascurridos unos seis años, el señor José Castillo le contó a Aura Pérez que había estado en Sorte y Alejandro Terán no estaba muerto. Lo había visto vestido de kaki trabajando en la montaña como súbdito de María Lionza, «echando pico»; estaba seguro de que era él porque le había visto bien la cara.

